

## ORTEGA MUÑOZ, UN LARGO CAMINO HACIA EL ASCETISMO PICTORICO

Un largo camino y camino nada fácil, como es todo aquel que está realizado a base de autodisciplinas, de exigencias consigo mismo, de renunciaciones. Ya ha sonado la palabra "renunciación" nada más empezar a hablar de Ortega Muñoz, y es porque constituye la base primordial de su pintura, es decir, de su personalidad. El largo camino del ascetismo tiene que ser recorrido sabiendo renunciar; renunciar a toda tentación fácil, a toda placidez festiva de los sentidos, a todo goce sensual. Etimológicamente, ascesis quiere decir ejercicio, entrenamiento, y viene a ser una superación de las tendencias sensibles, del placer y del dolor, para pretender alcanzar situaciones espirituales más altas, más desasidas de toda atadura terrena efímera. El propósito del ascetismo es lograr la perfección; no es un fin en sí mismo, sólo un medio. No es tampoco privativo de una religión determinada; es más bien una actitud moral, que lo mismo pudo ser practicada por los estoicos desde trescientos años antes de Cristo que lo es ahora mismo por los hindúes, por los monjes budistas y por los ermitaños. El que adopta una actitud estoica ante la vida sabe que tendrá como bien supremo la virtud, la razón será superior a los afectos y su vida

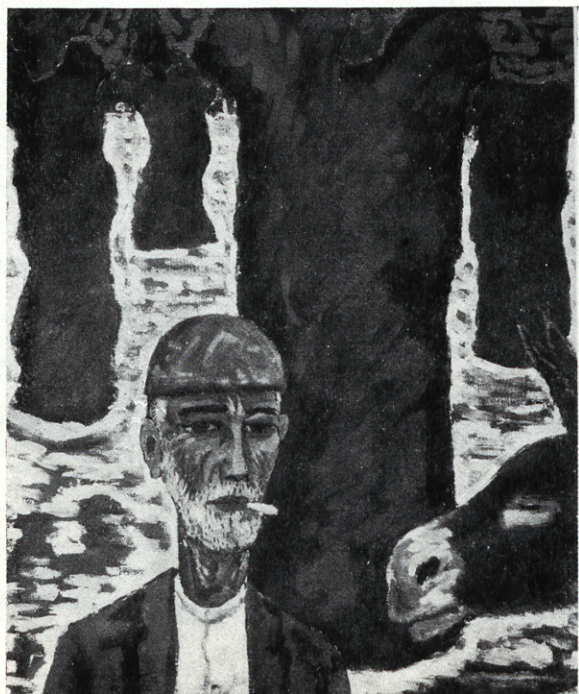
será "conforme a la Naturaleza"; el estoico sufrirá con serenidad ecuánime, despreciará por igual el placer que el dolor y su vida será ante todo moral. Se requiere un continuo ejercitamiento si se quiere llegar a la cima ascética, a la serenidad, en donde ya no perturben tanto las congojas. El asceta puede llegar al misticismo, pero puede preferir quedarse en la ascesis sin desasosegarse por los arrebatos de la mística, de la íntima unión con la divinidad misteriosa. Pero no hay misticismo sin ascetismo previo, es el camino de la diaria ejercitación.

El mismo camino que ha recorrido día tras día Ortega Muñoz en su pintura, que es igual que decir que su vida. Cuando ahora vemos a este hombre silencioso, entregado, de consumida carne, de mirada serena, igual podríamos estar viendo a uno de los discípulos de Séneca, a un monje de la Tebaida o a un derviche mahometano. Entregado en su obra a una purificación de muchos años, se nos muestra ahora en una desnudez esencial, en los huesos del alma. Si según la conocida definición el estilo es el hombre, también es igualmente cierto que la obra es la vida de ese hombre. La vida de Ortega Muñoz es su pintura; para la pintura ha vivido y vive, la pintura es

la razón esencial de su existencia. Esa vida hecha obra, esa pintura de toda una vida, es la que se nos muestra ahora en el Casón del Buen Retiro madrileño en una exposición antológica completa y repleta, una exposición cuya contemplación recomendamos, porque ya será difícil, por no decir imposible, que pueda volverse a conjuntar. Desde los iniciales dibujos de sus doce o trece años hasta los últimos lienzos pintados en Lanzarote hace unos meses. Más de cincuenta años de pintura de un hombre que no ha querido ser en su vida otra cosa que pintor, sin importarle privaciones, ayunos, contrariedades. Más de cincuenta años de búsqueda en soledad, él solo, sin maestros, mentores, academias ni profesionales a su lado. Hasta encontrarse.

Y no fue fácil. Godofredo Ortega Muñoz nació en 1905 en San Vicente de Alcántara (Badajoz); su padre era hojalatero y alcalde del pueblo además. En su familia no había existido el menor antecedente artístico ni el ambiente de su casa era el más propicio para despertar ninguna vocación artística; al contrario, una vez más se da el caso de la congénita ceguera familiar española. El niño pinta sobre las paredes blancas de las vecinas a falta de otras superficies más ade-

"COMPOSICION", 1951. "MUCHACHA", 1959. "COMPOSICION", 1950.





cuadas a sus tempranas aficiones pictóricas, y el padre trata de disuadirlo por todos los medios inclinándolo al estudio de cualquier otra carrera, cualquier otra, menos para la que el muchacho se sentía llamado.

Ortega Muñoz estudia el Bachillerato, examinándose por libre en Salamanca. Y es el mismo año en que termina sus estudios de bachiller cuando decide por sí su destino a seguir, su decisivo camino.

—Tenía entonces dieciséis años, aprobé las últimas asignaturas del Bachillerato y de Salamanca tomé el tren no para mi pueblo, sino para Madrid. Había decidido ser pintor. En el bolsillo de mi chaqueta tenía treinta y seis pesetas; no conocía a nadie en Madrid, pero había decidido que sería pintor. Me fui a instalar en una pensión que había al principio de la calle de Alcalá; pensión completa, con comidas y todo, costaba dos pesetas, pero las pesetas iban disminuyendo rápidamente. Me mudé a otra pensión en la calle de la Luna con una notable rebaja: allí sólo pagaba una peseta cincuenta céntimos...

Ortega Muñoz es hombre al que no le gusta hablar mucho, pero recuerda con emoción sus duros años de aprendizaje, sus días sin comer, sus noches durmiendo en un banco de la calle al lado de otro Banco más sustancioso: el Banco de España; sus visitas al Museo del Prado, sus copias en el mismo, la conmoción que para él supuso el cobro de su primera obra copiada: *El primo*, de Velázquez, por la que le pagaron la importante cantidad de cien pesetas; los viajes de su padre buscándolo por todo Madrid sin encontrarlo. Son los golpes que van forjando un temple, el necesario pago del pasaje de un viaje que uno ha elegido libremente.

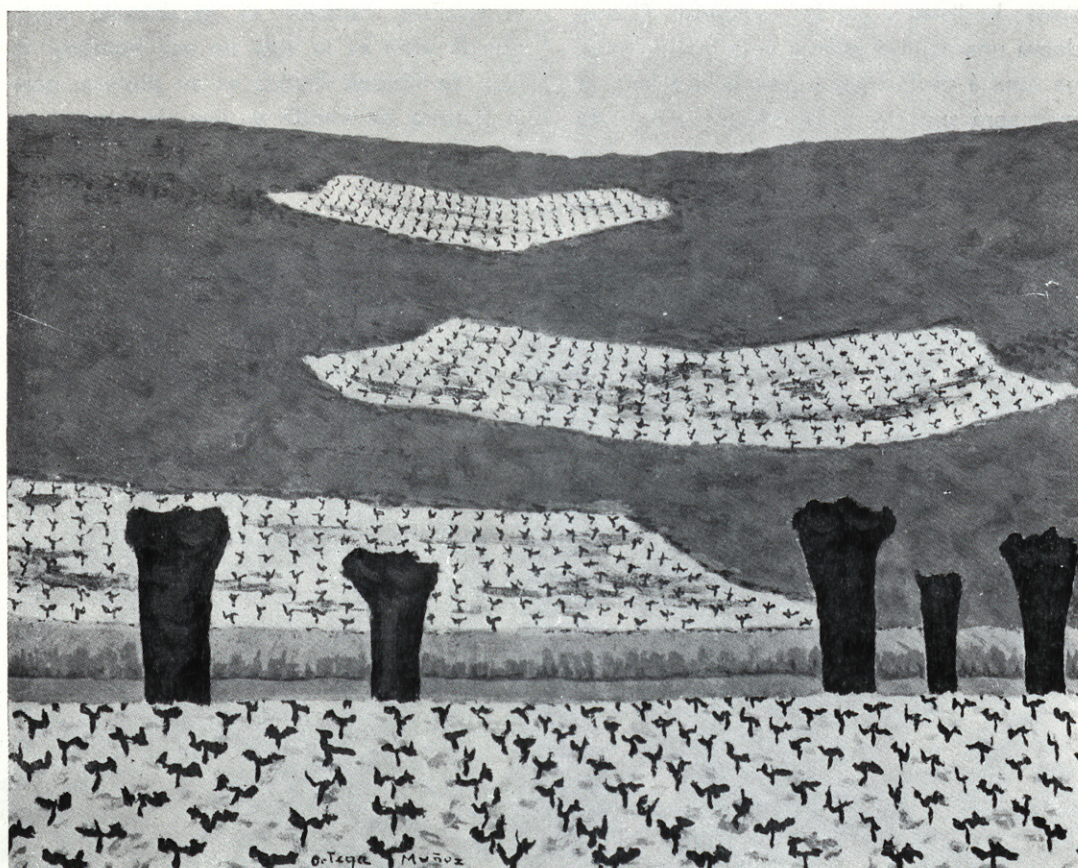
—Muchas veces me encontraba ante el dilema de no tener dinero nada más que para comer o para comprar pinturas; cuando estas ocasiones llegaban, siempre me decidía por las pinturas.

De las copias del Prado, Ortega Muñoz pasó a pintar retratos, que le permitieron no sólo vivir un poco mejor, sino el suficiente dinero para su segundo salto, al que estaban obligados todos los artistas de su tiempo: París. Caminante de muchos caminos, Ortega Muñoz no se detiene allí por mucho tiempo: viaja también por Italia, Dinamarca, Austria, Holanda, Alemania, Sue-

cia, Noruega, Grecia, Turquía y Egipto. Hasta el año 1935 no regresa a España, para marchar de nuevo poco después y contraer matrimonio en 1936 con Leonor Jorge Avila, su inseparable compañera desde ese momento y la verdadera otra mitad de Ortega Muñoz. En 1939 regresa a su tierra extremeña, en donde instala su estudio; en 1954 se le concede el gran premio de la II Bienal Hispanoamericana celebrada en La Habana; en 1956 tiene sala de honor en la III Bienal Hispanoamericana, que ese año se celebra en Barcelona; en 1958, sala especial en la Bienal Internacional de Venecia...

Si la vida de un artista se resume en unas fechas, poco dicen; pero si esa vida la vemos concretada en su obra, como ahora puede verse en el Casón, es cuando de verdad conocemos su seguro y pausado caminar, su amor de siempre por las criaturas más elementales de la Naturaleza: los asnos, los árboles, las rocas, los campesinos. Los sencillos bodegones del pan partido, de los membrillos colgados, de las piñas secas, de las muñecas rotas, de las botellas vacías. Poco a poco Ortega Muñoz se va desprendiendo de tentaciones pictóricas y hacia los años cuarenta empieza a cuajar su manera definitiva, la que lo define en la historia

"MUCHACHO DESCANSANDO", 1951. "HIGUERAS (LANZAROTE)", 1969.



"VIÑAS Y CASTAÑOS", 1967.



de la pintura española contemporánea con una indudable personalidad. Ortega Muñoz comienza a usar por esos años sus colores apagados característicos, su predilección por los grandes espacios vacíos, sus infinitudes desoladas y desnudas. Poco a poco Ortega Muñoz deja de pintar paisajes para llegar a pintar desnudos de paisajes, paisajes que el pintor ha despojado de todas sus vestiduras: vegetación, colores, flores, aguas y nubes. Ortega Muñoz deja el paisaje desnudo, temblando en su tierra encuerada que el frío o el calor estremece. Sólo algunas hiladas de piedras, algunos muñones de vides, de árboles podados, algunos montones de paja o montones de estiércol. ¿Adónde conducen los caminos que pinta Ortega Muñoz? Nunca se sabe. Detrás de esa serena desolación podrían existir los oasis, los jardines edénicos, pero nos inclinamos a imaginar que sólo se encuentra la infinitud del cielo vacío, la soledad misteriosa.

Caminar por estos paisajes de Ortega Muñoz es un largo camino de soledad. De la definitiva soledad del hombre solo, perdido en su duda, en sus posibilidades, en sus indecisiones y su conocimiento limitadísimo. Ortega Muñoz nos muestra el alma desnuda de Castilla, su esquiva belleza, su dura realidad, en donde el hombre se consume. Ortega Muñoz nos da la recia roca de Extremadura, en extremo dura, berroqueña, difícil de lograr; tan difícil, que posibilita a sus hombres para todas las conquistas, hasta las más inverosímiles. La pintura de Ortega Muñoz también es una conquista, una conquista a fuerza de renunciaciones, de limitaciones voluntarias. En Ortega Muñoz el cielo es blanco, gris o amarillento, nunca azul, ni rosa, ni encendidos en arreboles. Sus paisajes parecen los de la Tierra después del juicio final o después de la bomba final. Todo ha quedado en silencio al fin, ya nadie ni nada perturba la geológica soledad del planeta en el que se agitaron, odiaron, amaron y mataron unos pobres y diminutos seres llamados hombres.

Partiendo del conocimiento de su tierra natal y de su Castilla de adopción, Ortega Muñoz nos da a conocer toda la tierra, algo así de lo que el filósofo Empédocles escribió hace más de cuatrocientos años antes de Cristo: "Con nuestra tierra conocemos la tierra; con nuestra agua, el agua; con nuestros aires, el aire; con nuestro fuego, el aniquilador fuego; con nuestro amor, el amor del mundo..."

Si la vida y la obra de Ortega Muñoz es una suma de renunciaciones, lo han sido posible gracias a ese amor de que hablaba el filósofo griego. La pintura de Ortega Muñoz está impregnada de amor, de amor a la pintura, de amor a la tierra y de amor al amor. Su obra ha sido posible porque a su lado ha estado el amor, y como ya escribía aquella alma pura de San Juan de la Cruz:

*Hace tal obra el amor,  
después que le conocí,  
que si hay bien o mal en mí,  
todo lo hace de un sabor  
y el alma transforma en sí;*

*y así en su llama sabrosa,  
la cual en mí estoy sintiendo,  
aprieta, sin quedar cosa,  
todo me voy consumiendo.*

Así se encuentra ahora el hombre Ortega Muñoz: "sin quedar cosa" casi humana, consumido de amor. Y con la enorme satisfacción de ver allí, en la lejanía de los años, un muchachito hambriento vagando por las calles de Madrid, que le estrecha la mano con firmeza y le dice: "Teníamos razón."

